

De museos y milpas

Alguna vez llegó a mis manos un hermoso libro con la historia de un museo. Así como en Costa Rica tenemos una fotografía en que se ve un maizal cerca del Teatro Nacional, este libro mostraba caballos y carretones cargados de verdura en una especie de feria del agricultor, junto al Museo Nacional de los Estados Unidos. El maizal y los caballos son escenas del pasado, pero tienen en común la época y algo más. No muy lejos del Teatro Nacional, donde estuvo la Universidad de Santo Tomás, se inició el Museo Nacional, a imagen y semejanza de su equivalente estadounidense. La función de los museos es estudiar y dar a conocer la riqueza natural y cultural que da identidad a una nación. Desafortunadamente, luego de un inicio vigoroso y muy profesional el museo quedó en abandono. Me contaba un amigo naturalista que casi con lágrimas en los ojos le correspondió leer etiquetas que decían “holotipo” en frascos que solo contenían polvo. El holotipo es el ejemplar que fundamenta la descripción de una especie nueva, una vez perdido es irrecuperable por siempre. Hace un par de décadas, Luis Diego Gómez llevó al museo a una nueva cima en el campo de la botánica, pero la zoología siempre ha enfrentado problemas crónicos. Carente de fondos para contratar investigadores profesionales y de alto nivel académico, la sección apenas logra mantener colecciones de aves e insectos que resultan pequeñas considerando sus años de existencia (por ejemplo, nuestro joven Museo de Insectos universitario tiene cuatro veces más). Estos problemas se reflejan en una pobrísima producción científica y al menos en mi campo, sé que las colecciones del museo ni siquiera son tomadas en cuenta por algunos investigadores que nos Visitan. Ahora que hay planes para construir una plaza junto al museo y que se hace necesario reubicar el valiosísimo Herbario Nacional y salvar las colecciones de aves e insectos, vale la pena recordar un proyecto que anduvo por ahí y que tal vez aún se pueda concretar. Existe interés en países desarrollados por mantener una colección neotropical aquí en Centroamérica, donde sería más barato su mantenimiento. En lugar de varios museos pequeños, pobres y que se conviertan en feudo de unos pocos curadores, unamos las colecciones en un solo Museo Universitario abierto a los investigadores y, muy importante, al público que al fin y al cabo paga su mantenimiento. Silenciosamente y sin ayuda estatal, el museo De La Salle ha demostrado lo mucho que se puede hacer cuando hay amor y dedicación por las ciencias naturales.